



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Carta Pastoral en el Día del Seminario. Marzo 2008

EL SEMINARIO EN LA IGLESIA DIOCESANA “SI ESCUCHAS HOY SU VOZ”

Queridos diocesanos:

Siempre el Día del Seminario ha encontrado un eco de especial afecto en la vida diocesana. Después de diferentes iniciativas de las distintas diócesis españolas, a partir de mediados del siglo XIX, para fomentar las vocaciones al sacerdocio y apoyar a los seminarios, en 1962 se unificó esta Jornada para todas las diócesis, vinculándola a la Fiesta de San José, menos en el País Vasco donde continuaron celebrándola en la Fiesta de la Inmaculada. No son muchos años pero sí los suficientes para apreciar su importancia.

INTRODUCCIÓN

1. Desde que se me encomendó el cuidado pastoral de esta Iglesia particular con la colaboración de su presbiterio, ejerciendo la función de enseñar, santificar y gobernar, he seguido con especial atención el discurrir de nuestros seminarios, intentando responder de la mejor forma posible a sus exigencias y esperando siempre que el número de seminaristas aumentara, pensando no sólo en nuestra comunidad diocesana sino también en las necesidades de toda la Iglesia con ese espíritu de comunión que debemos potenciar cada vez más. Esta realidad no la hemos logrado, como os he manifestado en diferentes ocasiones. Soy consciente de que el sacerdocio no es el producto de la decisión personal de un aspirante, ni puede tampoco establecerse en virtud de la decisión de la comunidad. La Iglesia no puede colocar simplemente “funcionarios” sino que ha de aguardar la llamada del Señor. En este sentido encontramos la clave no para conformarnos pasivamente sino para entender la escasez de seminaristas que constatamos y asumir nuestro compromiso como miembros de la Iglesia.

2. “Sí, las vocaciones son un don de Dios que se ha de suplicar continuamente. Siguiendo la invitación de Jesús, hay que rogar ante todo al Dueño de la mies para que envíe obreros a su mies (Mt 9,38). La oración reforzada con el ofrecimiento silencioso del sufrimiento es el primero y más eficaz medio de pastoral vocacional. Orar es mantener la mirada fija en Cristo, con la confianza de que de El mismo, único Sumo Sacerdote, y de su entrega divina, manan abundantemente, por la acción del Espíritu Santo, los gérmenes de vocación



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

necesarios en cada momento para la vida y la misión de la Iglesia”¹. Por esto, la Iglesia diocesana ha de tener siempre muy presente esta intención. Esta actitud la vemos más necesaria cuando, según nuestro plan pastoral, estamos tratando de revitalizar el Domingo, día del Señor, y dignificar la celebración de la Eucaristía. Además, no ignoramos que “la asamblea que se reúne para celebrar la Eucaristía necesita absolutamente, para que sea realmente asamblea eucarística, un sacerdote ordenado que la presida”².

EL SACERDOCIO MINISTERIAL

3. Sin duda el futuro religioso y eclesial de la comunidad diocesana depende del Seminario. Con esta afirmación, por una parte, subrayo que los grandes pasos adelante que se han ido dando en la historia de la Iglesia son siempre consecuencia de una reforma del clero a través de una toma de conciencia más clara de su misión y de la purificación de los elementos no genuinos que el tiempo y las circunstancias van acumulando. Por otra parte, me refiero a la necesidad de la presencia del sacerdote que ha sido constituido “servidor de Cristo y administrador de los misterios de Dios” (1Cor 4,1). “Precisamente por eso el sacerdote recibe de Cristo los bienes de salvación para distribuirlos debidamente entre las personas a las cuales es enviado. Se trata de los bienes de fe. El sacerdote, por tanto, es el hombre de la palabra de Dios, el hombre del sacramento, el hombre del misterio de la fe. Por medio de la fe accede a los bienes invisibles que constituyen la herencia de la Redención del mundo llevada a cabo por el Hijo de Dios”³.

4. Consecuentemente, el sacerdocio ministerial “difiere esencialmente del sacerdocio común de los fieles porque confiere un poder sagrado para el servicio de los fieles”⁴. Esto supuesto, el sacerdote ha de “crecer en la conciencia de la profunda comunión que lo vincula al Pueblo de Dios” para “suscitar y desarrollar la corresponsabilidad en la común y única misión de salvación, con la diligente y cordial valoración de todos los carismas y tareas que el Espíritu otorga a los creyentes para la edificación de la Iglesia”⁵. Este planteamiento teológico nos lleva a afirmar que “el sacerdote, como administrador de los misterios de Dios, está al servicio del sacerdocio común de los fieles. Es él quien, anunciando la Palabra y celebrando los sacramentos, especialmente la Eucaristía, hace cada vez más consciente a todo el Pueblo de Dios de su

¹ JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo 2004*, nº 5.

² JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucaristía*, nº 29.

³ JUAN PABLO II, *Don y Misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio*, Madrid 1996, 89-90.

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1592

⁵ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, nº 74.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

participación en el sacrificio de Cristo, y al mismo tiempo lo mueve a realizarla plenamente”⁶. La Iglesia vive de la Eucaristía “presencia salvadora de Jesús en la comunidad de fieles y su alimento espiritual”⁷, y “los fieles participan en la celebración de la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real, pero es el sacerdote ordenado quien realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo”⁸.

DISCERNIMIENTO SOBRE LA ESCASEZ DE VOCACIONES

5. De todos es conocido que el número de sacerdotes en nuestra diócesis ha descendido notablemente, que la edad media de nuestro presbiterio anda en torno a los setenta años y que el número de parroquias que deben ser atendidas asciende a mil setenta y una.

6. Sin embargo son ya décadas en las que venimos lamentando la escasez de vocaciones y tal vez sin darnos cuenta, nos vamos acostumbrando y asumiendo esta realidad como algo normal. Es posible que actitudes superficiales a la hora de hacer un discernimiento sobre este fenómeno, hayan influido decisivamente en esa disminución. Con relativa facilidad echamos mano de las disculpas que nos pueden proporcionar determinados elementos de la situación social y cultural del momento en que vivimos. Pero es necesario ahondar en la savia de los problemas, yendo más allá de la corteza de esta realidad.

7. A este propósito traigo a la memoria las palabras del Papa Pablo VI cuando escribía: “Es en nosotros mismos donde es necesario buscar la causa de la situación actual de las vocaciones en el mundo. En nosotros, decíamos, y no en el espíritu de los jóvenes, cuya generosidad no es hoy menor que ayer... La gracia de una vocación depositada por Dios en un alma no es otra cosa, en el fondo, que una aportación más abundante de caridad divina destinada a su Iglesia para la edificación del Reino de Dios en la tierra. Sucede frecuentemente en el tiempo en que vivimos que esta gracia no alcanza su fin. Para que esto se obtenga es necesario crear condiciones favorables, especialmente en el espíritu de los jóvenes, en el ambiente familiar, en la comunidad cristiana y en los mismos lugares de formación sacerdotal y religiosa. En el espíritu de los jóvenes ante todo. Para hacerles acoger con entusiasmo el don de la vocación divina, es necesario que este ideal se les presente en su auténtica realidad y con todas sus severas exigencias como donación total de sí mismo al amor de Cristo y como consagración irrevocable al servicio exclusivo del Evangelio. Y para conseguir esto, el testimonio de un sacerdocio ejemplar vivido, o el valor de una vida

⁶ JUAN PABLO II, *Don y Misterio...*, 95-96.

⁷ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistía*, nº 9.

⁸ JUAN PABLO II, *Ibid.*, nº 28.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

religiosa que se muestra en concreto en las distintas instituciones reconocidas por la Iglesia, tiene un peso considerable; más aún preponderante... Una comunidad que no vive generosamente según el Evangelio, no puede ser sino una comunidad pobre en vocaciones. Al contrario, donde el sacrificio cotidiano tiene despierta la fe y mantiene un alto nivel de amor de Dios, las vocaciones al estado eclesiástico sacerdotal continúan siendo numerosas... Un clima de conformidad con el mundo, de relajamiento en el espíritu de oración y de amor a la cruz, no puede dejar de influir en el nivel espiritual del seminario y conducir así a soluciones prácticas, en la educación del clero joven, que están en contraste con los deberes esenciales de una vida sacerdotal⁹. El Papa advertía entonces que no debemos buscar en vano únicamente explicaciones humanas a la crisis vocacional que es un aspecto de la crisis de fe que padecíamos y estamos padeciendo.

EL SEMINARIO MAYOR

8. En este panorama miramos a nuestros Seminarios diocesanos, teniendo en cuenta nuestra comunidad eclesial y la realidad humana, social y cultural en la que nos encontramos y ante las que no podemos vivir de espaldas. La doctrina del Concilio Vaticano II ante determinados posicionamientos, motivados por el simple afán de cambio, reafirmó la validez plurisecular de los seminarios con la voluntad de garantizar la seriedad y el cuidado de una formación rica y orgánicamente relacionada con las diferentes fases del desarrollo de la personalidad del futuro presbítero, concretada en los aspectos humano, espiritual, intelectual, pastoral y comunitario, y abierta a las exigencias propias de los tiempos y de los lugares, siempre según el sentir y el querer de la Iglesia que sabe que el hombre en sus diversas circunstancias es el camino que debe recorrer en el cumplimiento de su misión¹⁰.

9. El Seminario mayor es “una comunidad educativa en camino: la comunidad promovida por el Obispo para ofrecer a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce¹¹. Más que un lugar es un tiempo significativo en la vida de un candidato al sacerdocio, es un tiempo destinado a la formación y al discernimiento, no ignorando que la calidad del presbiterio en una iglesia particular depende en buena parte de la del Seminario, y es un tiempo de

⁹ PABLO VI, Mensaje al clero y a los fieles en el “Día Mundial de las vocaciones”, 15 de marzo de 1970: *Insegnamenti di Paolo VI*, VIII, 1970, 188-193.

¹⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, n° 14a.

¹¹ Conferencia Episcopal Española, *Plan de Formación sacerdotal para los seminarios mayores. La formación para el ministerio presbiteral*, Madrid 1996, n° 9.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

preparación para la misión¹². Es la tienda del encuentro con el Señor donde los seminaristas han prepararse para recorrer el camino del hombre a través del misterio de la Encarnación y de la Redención y donde en medio de los fuertes impactos de nuestra sociedad, “el dinamismo de la fe les llevará a una tarea de análisis y discernimiento, en la que una buena preparación intelectual será de gran ayuda para opciones pastorales acertadas. Discernimiento dirigido no sólo hacia fuera, sino también hacia el interior mismo de la vida de los creyentes y de la marcha de las comunidades”¹³.

10. Los sacerdotes no nacen, se hacen. La vocación ha de madurar no sólo libremente, sino también fielmente, correspondiendo a la gracia de Dios, lejos de fáciles pero inútiles permisivismos. No basta una formación *abstracta y formal* porque es necesario que los seminaristas puedan hacer propias las palabras del apóstol San Juan: “Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis unidos a nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1Jn 1, 3). El espíritu de oración, el tiempo necesario dedicado imprescindiblemente al estudio, las vivencias pastorales y la riqueza de la vida comunitaria, bien armonizados en el proyecto formativo del Seminario, son los caminos por los que el Señor esculpe en los candidatos al sacerdocio la imagen del Buen Pastor. El Papa Benedicto XVI nos recuerda que “un clero no suficientemente formado, admitido a la ordenación sin el debido discernimiento, difícilmente podrá ofrecer un testimonio adecuado para suscitar en otros el deseo de corresponder con generosidad a la llamada de Cristo”¹⁴.

11. En todo este itinerario es necesario tener presente que “el sacerdocio requiere una peculiar integridad de vida y de servicio, y precisamente esta integridad conviene profundamente a nuestra identidad sacerdotal. En ella se expresa, al mismo tiempo, la grandeza de nuestra dignidad y la disponibilidad adecuada a la misma: se trata de humilde prontitud para aceptar los dones del Espíritu Santo y para dar generosamente a los demás los frutos del amor y de la paz, para darles la certeza de la fe, de la que derivan la comprensión profunda del sentido de la existencia humana y la capacidad de introducir el orden moral en la vida de los individuos y en los ambientes humanos”¹⁵, pues “todo sacerdote tomado de entre los hombres, a favor de los hombres es instituido para las cosas que miran a Dios” (Heb 5, 1).

¹² Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a los seminaristas con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud en Alemania*, 19 de agosto de 2005.

¹³ SANTIAGO DEL CURA, *La “crisis de Dios” y la fe del sacerdote: La fe del sacerdote en Surge* vol. 65 (2007) 193.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, n° 25.

¹⁵ JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdote con motivo del Jueves Santo*, 1979.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

SEMINARIO MENOR

12. De modo semejante hemos de referirnos también al Seminario menor, “comunidad educativa diocesana erigida por el Obispo según las normas de la Santa Sede para cultivar los gérmenes de vocación sacerdotal de quienes en edad temprana, presentan indicios de esta vocación y se inclinan por el sacerdocio diocesano secular”¹⁶. La propuesta educativa que ofrece, busca favorecer oportuna y gradualmente aquella formación humana, espiritual y cultural para que los alumnos puedan reconocer más fácilmente su vocación y se hagan más capaces de corresponder a ella.

13. Dios puede llamar en cualquier lugar y en cualquier edad. El Dueño de la viña convoca cuando quiere (cf. Mt 20,4). Recordemos la vocación del niño Samuel que servía a Yahveh a las órdenes del sacerdote Elí quien descubre a Samuel la llamada del Señor (1Sam 3,1-18). “Como demuestra una larga experiencia, la vocación sacerdotal tiene, con frecuencia, un primer momento de manifestación en los años de la preadolescencia o en los primerísimos años de la juventud... La historia de la Iglesia es un testimonio continuo de llamadas que el Señor hace en edad tierna todavía”¹⁷.

14. El objetivo primordial del Seminario menor es el posibilitar a los alumnos unas condiciones propicias para que puedan ver con claridad y libertad su futuro vocacional, considerando de manera especial entre las diversas opciones la del sacerdocio y preparándoles para iniciar el camino en el Seminario mayor con una base adecuada y sólida. Desde esta perspectiva “el Seminario menor podrá ser también en la diócesis un punto de referencia de la pastoral vocacional, con oportunas formas de acogida y oferta de información para aquellos adolescentes que están en búsqueda de la vocación o que, decididos ya a seguirla, se ven obligados a retrasar el ingreso en el Seminario por diversas circunstancias, familiares o escolares”¹⁸. Estos criterios pueden ayudar a los padres a la hora de discernir el acompañamiento de sus hijos en el proceso de formación.

IMPLICACIÓN DE TODA LA COMUNIDAD CRISTIANA

15. Considerado con serenidad lo dicho anteriormente, lo cierto es que a nuestros seminarios les da vida la presencia de seminaristas. En este sentido, el

¹⁶ Conferencia Episcopal Española, *Plan de Formación para los seminarios menores*, Madrid 1991, nº 6.

¹⁷ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, nº 63.

¹⁸ *Ibid.*



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Día del Seminario es una llamada de atención a toda la comunidad cristiana sobre su responsabilidad en la pastoral de las vocaciones, en este caso, al ministerio sacerdotal. Conscientes de esta preocupación hemos de hacerla propia, si de verdad amamos a la Iglesia y queremos unas comunidades parroquiales llenas de vitalidad cristiana.

16. Con esto no es que pretenda condicionar la acción santificadora de la Iglesia a la presencia numerosa de sacerdotes, pero sí quiero recordaros que la Iglesia “recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo”¹⁹, y que “no hay Eucaristía sin sacerdocio, como no existe sacerdocio sin Eucaristía”²⁰, pues “el sacerdocio, desde sus raíces, es el sacerdocio de Cristo. Es El quien ofrece a Dios Padre el sacrificio de si mismo, de su carne y de su sangre, y con su sacrificio justifica a los ojos del Padre a toda la humanidad e indirectamente a toda la creación. El sacerdote celebrando cada día la Eucaristía, penetra en el corazón de este misterio. Por eso la celebración de la Eucaristía es, para él, el momento más importante y sagrado de la jornada y el centro de su vida”²¹.

17. Día a día, la comunidad cristiana ha de considerar que “la Eucaristía como el Sacerdocio, son un regalo de Dios, que supera radicalmente el poder de la asamblea y que ésta recibe por la sucesión episcopal que se remonta a los Apóstoles... Por tanto el pueblo cristiano tiene buenos motivos para, por un lado, dar gracias a Dios por el don de la Eucaristía y el Sacerdocio y, por otro, rogar incesantemente para que no falten sacerdotes en la Iglesia”²².

NECESIDAD DE SACERDOTES

18. Al subrayar la necesidad del sacerdote, pues no hay Eucaristía sin sacerdocio, no pretendo negar con ello la existencia y la presencia de otras realidades suscitadas y alentadas por el Espíritu que contribuyen a revitalizar la vida cristiana en una Iglesia en la que sus miembros como bautizados van adquiriendo una conciencia cada vez más viva de sus derechos y obligaciones, lo que es un signo de esperanza en nuestra peregrinación cristiana.

19. En este sentido me parece equivocado argumentar que la solución a la escasez de sacerdotes está en un laicado más vivo, activo y comprometido. No se trata de contraponer laicado y sacerdocio, ni de que el sacerdote deba asumir

¹⁹ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistía*, nº 22.

²⁰ JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo 2004*, nº 2.

²¹ JUAN PABLO II, *Don y Misterio...*, 91-92.

²² JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo 2004*, nº 4.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

las tareas del laico ni de que el laico deba suplir al sacerdote; son vocaciones distintas y ministerios complementarios que muestran la naturaleza armoniosa de la Iglesia, superando la clericalización de los laicos y la laización de los sacerdotes. Ciertamente, no vemos cómo se pueda producir la promoción de los laicos en responsabilidad, capacidad testimonial y crecimiento en la fe, si no contamos con sacerdotes entusiastas que los acompañen en ese crecimiento y formación. Surge un laicado militante y activo, con la gracia de Dios, allí donde se produce una labor constante de siembra y llamada, realizada por sacerdotes que viven a fondo su ministerio y son cercanos a las familias, a los niños, a los jóvenes y, en general, a sus feligreses.

20. Este convencimiento lleva a afirmar que cuanto más comprometidos apostólicamente sean los laicos, más necesidad tendremos de sacerdotes que los acompañen pastoralmente para que “cada uno de los fieles sea llevado en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y activa, y a la libertad con que Cristo nos liberó”²³. Ni a los laicos se les puede considerar como meros diletantes en la esfera de lo cristiano ni a los ministros sagrados fuera o sobre la comunidad de los fieles. En la Iglesia nos movemos en el ámbito del misterio, de la comunión y de la misión. “La verdadera comunión debe ser fruto de las relaciones interpersonales donde cada uno será respetado en su dignidad y promocionado en su singularidad, porque Dios actúa todo en todos, pero no del mismo modo” (1Cor 12,4 ss).

21. Las soluciones más inmediatas a la escasez y necesidad de sacerdotes todavía urgen más el crecimiento de las vocaciones al ministerio sacerdotal y la exigencia de contrastar su autenticidad. Por otra parte, será preciso plantearse otra distribución de la presencia de los sacerdotes y buscar unas nuevas formas pastorales más dinámicas en el ejercicio del ministerio, en medio de una situación de rápidas y a menudo profundas transformaciones, acentuando el carácter misionero de toda actividad pastoral.. Todas ello implica modos nuevos de inserción en la sociedad y en la comunidad eclesial.

“SI ESCUCHAS HOY SU VOZ”

22. **“Si escuchas hoy Su voz”** es el lema con que se nos interpela en este Día del Seminario. En conformidad con los criterios fijados anteriormente considero que toda la comunidad diocesana ha de estar dispuesta a escuchar la voz del Señor. Así, los sacerdotes y los miembros de Vida consagrada que un día escuchasteis con atención y respondisteis con generosidad, seguid escuchando hoy y haceos mediadores de la voz del Señor para que otros la escuchen.

²³ Concilio Vaticano II, *Presbyterorum Ordinis*, nº 6.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

23. No me pasa desapercibida en este proceso la gran importancia de los padres y de las madres, preocupados por la educación cristiana y moral de sus hijos, pero al mismo tiempo tantas veces reticentes para alimentar una vocación de servicio y de entrega a los demás, al considerar solamente el bienestar material de los hijos que con frecuencia están sumergidos en la tristeza de la mediocridad, ignorando la felicidad de los que responden a la llamada del Señor. ¡Escuchad la voz del Señor!

24. En el proceso formativo de niños, jóvenes y adultos es muy apreciable la labor de educadores, catequistas y acompañantes o animadores de los distintos grupos a la hora de suscitar la belleza de la respuesta al Señor y descubrir la armonía plena de realizar en la vida lo que Dios nos pide a cada uno, contando siempre con su ayuda. ¡No ahorréis esfuerzo alguno y no dejéis de escuchar Su voz!

25. Lógicamente he de dirigirme a vosotros, niños, jóvenes y adultos, recordándoos que la vocación nace de la escucha atenta al Señor y exige fidelidad a lo escuchado y acogido. Si me preguntáis donde podéis escuchar al Señor, os respondo que en el silencio de vuestro interior, en el sosiego del templo, en la reflexión del estudio, en la actividad laboral, en los espacios de sana diversión o en el testimonio de sus discípulos. Os pido que recordéis la llamada del niño Samuel en el templo, o la de los primeros discípulos de Jesús y que os dejéis interpelar por el Señor que también hoy os pregunta: “¿qué buscáis?” (Jn 1,38) y sigue respondiendo: “¡Venid y lo veréis!” (Jn 1,39). Siempre tiene operativo su “Internet” con los itinerarios vocacionales para que podáis encontrar y conocer lo que buscáis. Os invito a vivir confiadamente este encuentro con Él que os liberará de vuestros miedos, reticencias y desconfianzas y a sacar de vuestros oídos los tapones de tantos prejuicios que os dificultan escuchar la voz del Señor. Si os llama al sacerdocio, no tengáis miedo de responderle con disponibilidad, comprendiendo el lugar esencial del sacerdocio en la vida de la Iglesia y la importancia de su misión en el mundo. La respuesta a la llamada de Cristo y de la Iglesia hará feliz vuestra vida, recibiendo ya aquí el ciento por uno.

26. Es en esta actitud de escucha al Señor en la que yo he querido transmitir estas inquietudes de nuestra Iglesia diocesana, sabiendo que Dios llama y elige gratuitamente, que la persona responde libremente y que esta llamada en muchas ocasiones se manifiesta providencialmente a través de otras personas: así lo vemos en Juan Bautista que propició el encuentro entre sus discípulos y Jesús, y en otros muchos ejemplos que pudiéramos traer aquí, a lo largo de la historia de la Iglesia. Si bien es verdad que hemos de ser respetuosos con la libertad de los demás, esto no equivale a proponer con desgana ni a aguardar



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

pasivamente la respuesta. “Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicarle a los otros la amistad con Él”²⁴.

EXHORTACIÓN FINAL

27. A todos los diocesanos os pido que viváis con generosidad y gozo vuestra propia vocación cristiana en la Iglesia, siempre en esa actitud de conversión a la que nos llama este tiempo de Cuaresma, sintiendo la necesidad de incorporar en vuestra vida el dinamismo y la esperanza del misterio de Cristo, que conmemoramos en el Triduo Pascual. Esto os compromete con la Iglesia diocesana y con sus necesidades e instituciones, atendiendo, en este caso, al fomento de las vocaciones sacerdotales y al sostenimiento de los seminarios.

28. En este espíritu agradecemos el esfuerzo generoso de los Rectores, Formadores, Profesores y demás personas que colaboran de diferente forma en la formación de los seminaristas. Todos los diocesanos esperamos mucho de nuestros Seminarios pero éstos esperan y necesitan mucho de todos nosotros. Oremos intensamente para que haya en la Iglesia abundantes vocaciones al sacerdocio y para que aquellos jóvenes que ya están en nuestros Seminarios perseveren fieles en la vocación a la que el Señor les llamó.

Señor, Jesucristo, que escuchando la voz del Padre, cumpliste su Voluntad y enseñándonos que no habías venido a ser servido sino a servir, entregaste tu vida por nuestra salvación, te pedimos con la intercesión de la Reina de los Apóstoles a Ti que elegiste a Santiago el Mayor, nuestro Patrono, para anunciar tu Evangelio, que los niños, jóvenes y adultos, llamados a la vocación sacerdotal, escuchen tu voz, superen los miedos y respondan a tu llamada con disponibilidad y generosidad. Amén.

Os saluda con todo afecto y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela

²⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía de la celebración eucarística por el inicio del Ministerio petrino*, en: *L'Osservatore Romano* (edición en español) 29 de abril 2005, 231.